

## Lección de escritura

Hubiera sido poco prudente prolongar la aventura, e insistí ante el jefe para que se procediera cuanto antes a los intercambios. Aquí se ubica un extraordinario incidente que me obliga a volver un poco atrás. Se sospecha que los nambiquara no saben escribir; pero tampoco dibujar, a excepción de algunos punteados o zigzags en sus calabazas. Como entre los caduveo, yo distribuía, a pesar de todo, hojas de papel y lápices con los que al principio no hacían nada. Después, un día, los vi a todos ocupados en trazar sobre un papel líneas horizontales onduladas. ¿Qué querían hacer? Tuve que rendirme ante la evidencia: escribían, o más exactamente, trataban de dar al lápiz el mismo uso que yo le daba, el único que podían concebir, pues no había aún intentado distraerlos con mis dibujos. Para la mayoría, el esfuerzo terminaba aquí; pero el jefe de la banda iba más allá. Sin duda era el único que había comprendido la función de la escritura: me pidió una libreta de notas; desde entonces, estamos igualmente equipados cuando trabajamos juntos. Él no me comunica verbalmente las informaciones, sino que traza en su papel líneas sinuosas y me las presenta, como si yo debiera leer su respuesta. El mismo se engaña un poco con su comedia; cada vez que su mano acaba una línea, la examina ansiosamente, como si de ella debiera surgir la significación, y siempre la misma desilusión se pinta en su rostro. Pero no se resigna, y está tácitamente entendido entre nosotros que su galimatías posee un sentido que finjo descifrar; el comentario verbal surge casi inmediatamente y me dispensa de reclamar las aclaraciones necesarias.

Ahora bien, cuando acabó de reunir a toda su gente, sacó de un cuévano un papel cubierto de líneas enroscadas que fingió leer, y donde buscaba, con un titubeo afectado, la lista de los objetos que yo debía dar a cambio de los regalos ofrecidos: ¡a éste, por un arco y flechas, un machete! ¡a este otro, perlas por sus collares...! Esta comedia se prolongó durante horas. ¿Qué era lo que él esperaba? Quizás engañarse a sí mismo, pero más bien asombrar a sus compañeros, persuadidos de que las mercancías pasaban por su intermedio, que había obtenido la alianza del blanco y que participaba de sus secretos. La escritura había hecho su aparición entre los nambiquara, pero no al término de un laborioso aprendizaje, como era de esperarse. Su símbolo había sido aprehendido, en tanto que su realidad seguía siendo extraña. Y esto, con vistas a un fin sociológico más que intelectual. No se trataba de conocer, de retener o de comprender, sino de acrecentar el prestigio y la autoridad de un individuo -o de una función- a expensas de otro. Un indígena aún en la Edad de Piedra había adivinado, en vez de comprenderlo, que el gran medio para entenderse podía por lo menos servir a otros fines. Después de todo, durante milenios, y aún hoy en una gran parte del mundo, la escritura existe como institución en sociedades cuyos miembros, en su gran mayoría, no poseen su manejo.

Ahora bien, el escriba raramente es un funcionario o un empleado del grupo: su ciencia se acompaña de poder, tanto, que el mismo individuo reúne a veces las funciones de escriba y de usurero; no es que tenga necesidad de leer y escribir para ejercer su industria, sino porque de esta manera es, doblemente, quien *domina* a los otros.

La escritura es una cosa bien extraña. Pareciera que su aparición hubiera tenido necesariamente que determinar cambios profundos en las condiciones de existencia de la humanidad; y que esas transformaciones hubieran debido ser de naturaleza intelectual. La posesión de la escritura multiplica prodigiosamente la amplitud de los hombres para preservar los conocimientos. Bien podría concebírsela como una memoria artificial cuyo desarrollo debería estar acompañado por una mayor conciencia del pasado y, por lo tanto, de una mayor capacidad para organizar el presente y el porvenir. Después de haber eliminado todos los criterios propuestos para distinguir la barbarie de la civilización, uno querría por lo menos retener éste: pueblos con escritura, que, capaces de acumular las adquisiciones antiguas, van progresando cada vez más rápidamente hacia la meta que se han asignado; pueblos sin escritura, que, impotentes para retener el pasado más allá de ese umbral que la memoria individual es capaz de fijar, permanecerían prisioneros de una historia fluctuante a la cual siempre faltaría un origen y la conciencia durable de un proyecto.

Sin embargo, nada de lo que sabemos de la escritura en la evolución humana justifica tal concepción. Una de las fases más creadoras de la historia se ubica en el advenimiento del neolítico: a él debemos la agricultura, la domesticación de los animales y otras artes. Para llegar a ello fue necesario que durante milenios pequeñas colectividades humanas observaran, experimentaran y transmitieran el fruto de sus reflexiones. Esta inmensa empresa que se desarrolló con un rigor y una continuidad atestiguados por el éxito, en una época en que la escritura era aún desconocida. Si esta apareció entre el cuarto y el tercer milenio antes de nuestra era, se debe ver en ella un resultado ya lejano (y sin duda indirecto) de la revolución neolítica, pero de ninguna manera su condición. ¿A qué gran innovación está unida? En el plano de la técnica, sólo se puede citar la arquitectura. Pero la de los egipcios o la de los sumeros no era superior a las obras de ciertos americanos que ignoraban la escritura en momento del descubrimiento. Inversamente, desde la invención de la escritura hasta el nacimiento de la ciencia moderna, el mundo occidental vivió unos cinco mil años durante los cuales sus conocimientos, antes que acrecentarse, fluctuaron.

En el neolítico, la humanidad cumplió pasos de gigante sin el socorro de la escritura; con ella, las civilizaciones históricas de Occidente se estancaron durante mucho tiempo. Sin duda, mal podría concebirse la expansión científica de los siglos XIX y XX sin escritura. Pero esta condición necesaria no es suficiente para explicar el hecho.

Si se quiere poner en correlación la aparición de la escritura con ciertos rasgos característicos de la civilización, hay que investigar en otro sentido. El único fenómeno que ella ha acompañado fielmente es la formación de las ciudades y los imperios, es decir, la integración de un número considerable de individuos en un sistema político y su jerarquización en castas y en clases. Tal es, en todo caso, la evolución típica a la que se asiste, desde Egipto hasta China, cuando aparece la escritura: parece favorecer la explotación de los hombres antes que su iluminación. Esta explotación, que permita reunir a millares de trabajadores para constreñirlos a tareas extenuantes, explica el nacimiento de la arquitectura mejor que la relación directa que antes encaramos. Si mi hipótesis es exacta hay que admitir que la función primaria de la comunicación escrita es la de facilitar la esclavitud. El empleo de la escritura con fines desinteresados para obtener de ella satisfacciones intelectuales y estéticas es un resultado secundario, y más aún cuando no se reduce a un medio para reforzar, justificar o disimular el otro.

Sin embargo, existen excepciones: Africa indígena ha poseído imperios que agrupaban a muchos cientos de millares de súbditos; en la América precolombina, el de los Incas reunía millones. Pero en ambos continentes esas tentativas se revelaron igualmente precarias. Se sabe que el imperio de los Incas se estableció alrededor del siglo XII; los soldados de Pizarro no hubieran triunfado fácilmente sobre él si no lo hubieran encontrado, tres siglos más tarde, en plena descomposición. Pudiera ser que esos ejemplos comprobasen la hipótesis en vez de contradecirla. Si la escritura no bastó para consolidar los conocimientos, era quizás indispensable para fortalecer las dominaciones. Miremos más cerca de nosotros: la acción sistemática de los Estados europeos en favor de la instrucción obligatoria, que se desarrolla en el curso del siglo XIX, marcha a la par de la extensión del servicio militar y la proletarización. La lucha contra el analfabetismo se confunde así con el fortalecimiento del control de los ciudadanos por el poder. Pues es necesario que todos sepan leer para que este último pueda decir: la ignorancia de la Ley no excusa su cumplimiento.

La empresa pasó del plano nacional al internacional, gracias a esa complicidad que se entabló entre jóvenes Estados enfrentados con problemas que fueron los nuestros hace dos siglos- y una sociedad internacional de poseedores, intranquila por la amenaza que representan para su estabilidad las reacciones de pueblos, mal llevados por la palabra escrita a pensar en fórmulas modificables a voluntad y a exponerse a los esfuerzos de edificación. Accediendo al saber asentado en las bibliotecas, esos pueblos se hacen vulnerables a las mentiras que los documentos impresos propagan en proporción aún más grande. Sin duda, la suerte está echada. Pero en mi aldea nambiquara, las cabezas fuertes eran al mismo tiempo las más sabías. Los que no se solidarizaron con su jefe después que este intentó jugar la carta de la civilización (luego de mi visita fue abandonado por la mayor parte de los suyos), comprendían confusamente que la escritura y la perfidia penetraban entre ellos de común acuerdo. Refugiados en un matorral más lejano, se permitieron un descanso. El genio de su jefe que percibía de un golpe la ayuda que la escritura podía prestar a su control, alcanzando de esa manera el fundamento de la institución sin poseer su uso, inspiraba, sin embargo, admiración.

Extraído de Lévi-Strauss, Cl.: "Lección de escritura", en *Tristes Trópicos*, EUDEBA, Bs. As., 1970.

## La escritura y la oralidad

Para unos, la escritura nació entre los agricultores de la Mesopotamia y de confines del Irán; para otros, es un fenómeno urbano. Sea como fuere, aquí retendremos los siguientes hechos que parecen indiscutibles:

1) Sea cual fuere su lugar de nacimiento, la escritura fue "inventada" por necesidades prácticas (hacer la contabilidad, redactar contratos, leyes) y no por necesidades literarias: numerosas sociedades han tenido, por largo tiempo, a la vez una escritura limitada a esos dominios y una literatura oral!

2) A causa de ese origen, pero también a causa de la evolución de las sociedades, la escritura fue primeramente propiedad de las clases sociales en el poder. Es decir que la escritura nació de una necesidad del poder, religioso o feudal, y se extendió sólo muy lentamente en el conjunto de la población.

3) Si abordamos ya no el problema de las relaciones entre clases sociales en el seno de una misma sociedad, sino el de las relaciones entre sociedades con escritura y sin ella, vemos que las primeras han considerado a menudo a las segundas como inferiores, precisamente en nombre de esa ausencia de escritura.

Por lo tanto, consideraremos la escritura un hecho social, y como tal, ligado a los fenómenos del poder, al mismo tiempo que un hecho cultural que, en la ideología dominante, ha servido a veces de fundamento al desprecio del otro. Sin embargo, hasta ahora sólo abordamos la emergencia de la escritura. Hoy día, empero, debemos distinguir cuidadosamente entre la *invención* y el *préstamo*. En el primer caso, el encuentro de un sistema gestual (la lengua) con un sistema pictural (su transcripción escrita) es el resultado de un largo proceso de maduración al mismo tiempo que la respuesta a una necesidad social: no se ha inventado la escritura por el placer de escribir sino porque se tiene algo para anotar, algo que es necesario conservar en la piedra o el pergamino. En el segundo caso, en cambio, la introducción de la escritura en una sociedad de tradición oral es más bien signo de un abuso de autoridad ("coup de force"):

- el momento de esa introducción no es producto de la evolución histórica de la sociedad en cuestión;
- la necesidad a la que responde esa introducción suele ser exógena y presenta una contradicción con lo que señalábamos más arriba: en general, cuando se dota de alfabeto a una lengua se piensa en la transcripción de la literatura oral, mientras que la emergencia histórica de los alfabetos no responde a necesidades de tipo literario;
- la propia elección del alfabeto es exógena, en general inspirada por el modo de transcripción de una lengua de prestigio o una lengua colonial.

El problema del *préstamo* de la escritura nos parece importante porque hoy día la mayoría de las sociedades de tradición oral se ven confrontadas a operaciones de alfabetización que tienden, con los mejores motivos del mundo, a pegar un alfabeto sobre la oralidad. Si hay una historia de la escritura, historia a la vez semiológica y social, en ciertas culturas del Tercer Mundo hay una aceleración de esa historia cuyos efectos son difícilmente previsibles pero que merecen nuestra atención.

## La lección de escritura

Que la escritura sea, en su origen, uno de los atributos del poder es un hecho históricamente fundamentado y casi indiscutido. Sin embargo, la interpretación de ese hecho debe ser prudente, porque si es mecanicista o apresurada puede llevar a ciertas aberraciones. El mejor ejemplo de esto es la teoría que Claude Lévi-Strauss sacó de un incidente producido durante su estadía entre los nambikwara. (Cf. *Tristes Trópicos*).

Veamos ahora la forma en que el autor teoriza sobre el incidente.

1) Primero formulará un diagnóstico de lo ocurrido, oponiendo el "fin sociológico" de la escritura a su "fin intelectual".

2) Luego se interroga sobre la aparición histórica de la escritura y sobre las consecuencias de esa aparición: la presencia o ausencia de escritura, ¿permite separar la civilización de la barbarie? Lévi-Strauss da argumentos que refutan esa idea, y los encadena con el hecho de que el único fenómeno que la ha acompañado fielmente es la formación de las ciudades y de los imperios, es decir, la integración de un sistema político de un número considerable de individuos y su jerarquización en castas y clases.

3) Pero luego ampliará su propósito y pasará de la observación precedente, que no ofrece originalidad alguna, a una interpretación ideológica más original:

"Si la escritura no bastó para consolidar los conocimientos, era quizás indispensable para fortalecer las dominaciones. Miremos más cerca de nosotros: la acción sistemática de los Estados europeos en favor de la instrucción obligatoria, que se desarrolla en el curso del siglo XIX, marcha a la par con la extensión del servicio militar y la proletarización. La lucha contra el analfabetismo se confunde así con el fortalecimiento del control de los ciudadanos por el poder. Pues es necesario que todos sepan leer para que este último pueda decir: la ignorancia de la Ley no excusa su cumplimiento."

4) Ahora no queda más que concluir la demostración volviendo a los nambikwara después de un rodeo por los jóvenes Estados que, cuando acceden a la escritura, se prestan al mismo tiempo a una suerte de complicidad con la sociedad internacional de poseedores.

Se ve que el atajo que lleva del incidente nambikwara a la denuncia de la escritura se basa en una visión rousseauiana un poco primaria del problema, así como en un marxismo bien mecanicista. Si aludimos aquí al marxismo, cuando Lévi-Strauss no es clasificado tradicionalmente dentro de esa corriente filosófica, es porque él mismo se ha reclamado marxista en condiciones reveladoras. En efecto, Maxime Rodinson había criticado severamente *Tristes Trópicos* en la revista *La Nouvelle Critique*, y Lévi-Strauss escribió a dicha revista que su obra proponía

"además de una hipótesis marxista sobre el origen de la escritura, dos estudios consagrados a tribus brasileñas -caduveo y borero- que son tentativas de interpretación de las superestructuras indígenas fundadas en el materialismo dialéctico".

Por ende, si tomamos a Lévi-Strauss al pie de la letra, debemos considerar la escritura una de las armas de la explotación del hombre por el hombre, y los progresos de la alfabetización, un retroceso, puesto que someten al hombre libre al estado de servidumbre. Si la escritura tiene por compañera la perfidia, cuanto menos escriba y lea el hombre, tanto mejor estará. De un lado, la bondad natural, original, del hombre libre; del otro, la degradación sucesiva al "progreso": se reconoce aquí una traducción de ciertas tesis de Rousseau, como la que podría hacer un bachiller. Si, en efecto, el salvaje luego se volvió una moda, no es exactamente esa moda la que se manifiesta en el capítulo *Tristes Trópicos* aquí analizado, sino más bien las premisas de un ecologismo apolítico que aparecerá veinte años después de la publicación del libro. Jacques Derrida, en el curso de una muy larga crítica de este texto, atrapa a Lévi-Strauss con una fórmula sin contemplaciones:

"En ese texto, Lévi-Strauss no hace diferencia alguna entre jerarquización y dominación, entre autoridad política y explotación. La nota que gobierna esas reflexiones es la de un anarquismo que confunde deliberadamente la ley y la opresión" (Derrida, J.: *De la gramatología*, Bs.As., Siglo XXI, 1971).

Y, en las mismas páginas, señala todos los pasajes de Rousseau que pudieron inspirar a Lévi-Strauss ("El niño que lee no piensa...", "El abuso de los libros mata la ciencia", "No hay que leer, hay que ver"...). Pero el problema que aquí se nos plantea no es el de una querrela sobre la interpretación de Rousseau, sino el mucho más importante del análisis político de las sociedades de tradición oral en sus relaciones embrionarias con la escritura: esa aceleración de la historia de la que decíamos más arriba que sus efectos son difícilmente previsibles.

Está claro que la introducción "brutal" de la escritura en las sociedades de tradición oral acarrea problemas. Pero esos problemas no pueden plantearse correctamente en los términos escogidos por Lévi-Strauss. Su rousseauianismo selectivo, su marxismo ingenuo y cursivo lo llevan a excesos teóricos que tocan a la ideología. Confundir ley y opresión, creer que toda organización jerárquica en la que el poder posee, entre otras armas, la escritura, hace de la escritura un medio de explotación es signo de una visión estática, bien poco dialéctica, de parte de quien se reclama (lo que dura

una carta, es cierto) materialista dialéctico. Hemos recordado que la posesión de la escritura es una de las formas del poder. Pero eso no nos permite en absoluto asimilar escritura a opresión y oralidad a libertad o a bondad original. Hay aquí un facilismo teórico que lleva a oponer en los mismos términos (opresión/libertad) al médico al curandero, la calefacción central al fuego de turba, la electricidad a la lámpara de aceite y, si llevamos el razonamiento al absurdo, la higiene a la mortalidad infantil.

De hecho, si la lengua tiene un papel no secundario en las relaciones de fuerza y si la posesión de la escritura es históricamente una de las formas del poder, todo el problema es saber cómo aquellos que no tienen escritura pueden adquirirla y utilizarla. Al respecto contamos con los ejemplos de las sociedades occidentales y los progresos de la alfabetización, pero nos atenderemos al caso de la sociedad de tradición oral en la historia contemporánea.

Ext. de Calvet, L.J.: *La tradition orale*, París, P.U.F., 1984.  
[Trad. de Roberto Bein].

# Sobre escritura

## Fedro

*Sócrates.* -Dicen que cerca de Naucratis, en Egipto, hubo un dios, uno de los más antiguos del país, aquél a quien consagra el pájaro que los egipcios denominaban Ibis. Este dios se llamaba Theuth; inventó, según se dice, el cálculo, la geometría, la astronomía, los juegos de ajedrez y dados, y, finalmente, la escritura.

Reinaba entonces en el país el rey Tamo; habitaba la gran ciudad del Alto Egipto que los griegos llamaban Tebas la egipcia, protegida por el dios Ammón. Theuth vino a su encuentro, le enseñó las artes que había inventado y le dijo que era necesario propagarlas entre los egipcios. El Rey le preguntó por la utilidad de cada una de aquellas artes; Theuth le explicó detalladamente sus aplicaciones, y Tamo iba censurando o aprobando, según le parecían más o menos satisfactorias aquellas explicaciones. Muchas razones dio el Rey al inventor, en pro y en contra de cada una de aquellas artes, y sería largo enumerarlas. Cuando llegaron a la escritura, dijo Theuth:

“Esta invención, ¡oh Rey!, hará más sabios a los egipcios y aliviará mucho su memoria; yo he descubierto un medio contra la dificultad de aprender y retener”. “Ingenioso Theuth -respondió el Rey-, el genio que inventa las artes no es lo mismo que la sabiduría, que aprecia las ventajas y los inconvenientes de sus aplicaciones. Tú, como padre de la escritura y apasionado de la invención, le atribuyes un efecto contrario a su efecto verdadero. En el ánimo de los que le conozcan sólo producirá el olvido, pues les hará descuidar la memoria; y fiándose en ese extraño auxilio, dejarán a los caracteres materiales el cuidado de reproducir sus recuerdos cuando en el espíritu se hayan borrado. No has hallado un medio de cultivar la memoria, sino de despertar la reminiscencia; y por dar a tus discípulos la ciencia, les das la sombra de ella. Pues cuando hayan aprendido muchas cosas sin maestro, se creerán bastante sabios, no siendo en su mayoría sino unos ignorantes presuntuosos, insoportables en el comercio de la vida”.

*Fedro.* -Tienes, querido Sócrates, extraordinaria gracia para hacer discursos egipcios; y si te lo propusieras, los harías también de todos los países del mundo.

*Sócrates.* -Amigo mío, los sacerdotes del santuario de Júpiter en Dodona decían que los primeros oráculos los pronunció una encina. Los hombres antiguos que no tenían la sabiduría de los hombres de hoy, accedían en su candor a escuchar a una encina o a una piedra, siempre que la encina o la piedra dijera la verdad.

Talleres de lectura y escritura

Tú necesitas saber, además, el nombre y país del que habla, y no te basta examinar si lo que dice es verdadero o falso.

*Fedro.* -Con razón me inculpas, y creo que debe juzgarse la escritura como la juzgaba el tebano.

*Sócrates.* -Así, el que piensa en transmitir un arte consignándolo en un libro, y el que cree a su vez aprenderlo en él, como si los caracteres pudieran darle una instrucción clara y sólida, son en verdad hartos inocentes, e ignoran sin duda el oráculo de Ammón si piensan que un escrito puede ser otra cosa que un medio de refrescar los recuerdos del que ya conoce el asunto que en él se trata.

*Fedro.* -Es justo.

*Sócrates.* -Tal es, querido Fedro, el inconveniente de la escritura y el de la pintura; las producciones de este último arte parecen vivas; pero, al interrogarlas, guardan gravemente el silencio; lo mismo ocurre con los discursos escritos: cuando los oyes, crees que piensan; pero pídeles alguna explicación sobre el asunto que en ellos se contiene, y siempre responderán lo mismo. Lo que una vez se ha escrito pasa de mano en mano de los que entienden el asunto a los que lo desconocen y no saben cuándo se debe hablar y cuándo callarse. Si se ve despreciado o injustamente insultado siempre un escrito, necesita que su autor lo defienda, pues él por sí mismo, es incapaz de defenderse y de rechazar ataques.

*Fedro.* -Tienes razón.

Ext. de Platón: Fedro